

## CAPITULO IX.

## LA CONFERENCIA.

## I.

El desastre de Calderon fué la primera sombra que oscureció el astro de la revolucion, que entraba en la penumbra de su eclipse.

Calleja envió expediciones y la Sonora fué recobrada, y Sinaloa, y San Luis, y Guanajuato, y San Blas, y todas las plazas que habian caído en poder de los insurgentes.

Los caudillos yacían errantes y discordes en sus opiniones sobre el plan de campaña.

Reunieron las fuerzas todas con que contaban y batieron á los españoles en Agua-Nueva; pero aquel triunfo fué solo un relámpago.

Reunióse Allende con Hidalgo en la hacienda del Pabellon, camino para Zacatecas, allí se celebró una conferencia solemne, Hidalgo estaba sombrío como el destino, Allende, Abasolo, Rayon, Suarez y Aldama, permanecían en un silencio siniestro.

¡Miseria humana!.... *ayer*, acatados, obedecidos, recibiendo los homenajes mas espléndidos y dueños del porvenir!.... *hoy*, errantes, proscritos, y pesando sobre sus frentes una sentencia de muerte!

—Lo habia augurado, dijo Allende, hemos descuidado la instruccion de las tropas y esto nos ha perdido; en vano me esforcé por hacerlo comprender, nunca fué atendido.

—Nuestro plan, dijo Rayon, sobre el fraccionamiento de las fuerzas para evitar toda batalla campal, creo que hubiera dado resultados satisfactorios.

—Yo fuí de opinion, agregó Abasolo, y así lo manifesté terminantemente, de que dejásemos la plaza á Calleja para sitiárselo despues; pero mi voz no ha encontrado eco en los consejos.

Aldama agregó una inculpacion mas:

—Este desórden, esta matanza, debían ser precursores de la derrota.

Hidalgo escuchó con fria serenidad á sus compañeros sin abatirse ante una desgracia tan terrible.

Cuando todos hubieron hablado, divagándose en inútiles comentarios, el cura de Dolores tomó la palabra.

—Señores, dijo, ninguna de las causas que creéis motivaron la pérdida, es digna de considerarse; la fatalidad y no mas que la fatalidad, determinó la derrota. Calleja estaba perdido momentos ántes de la volada del parque; creo que discurrir sobre ese acontecimiento es perder el tiempo, veamos nuestros elementos, contemos nuestros soldados, y sigamos en la lucha.

—En ese punto estamos de acuerdo, señor, dijo Allende, yo no retrocederé un solo paso; pero deseo vivamente otra combinacion, otro plan de campaña, es necesario tener en cuenta la desmoralizacion que ha entrado en las tropas, la desercion de nuestros partidarios al ver oscurecerse la estrella de la revolucion.

—Señores, repitió Hidalgo, es necesario desarrollar en combinacion la idea política con el plan de operaciones, para obte-

ner un éxito feliz: un pueblo solo es suficiente para hacer su independencia, pero los que le dirijen deben economizar su sangre: creo que una liga con los Estados-Unidos seria el golpe de gracia á la dominacion española: insisto en mi primitiva idea sobre el particular.

—Yo estoy de acuerdo, dijo Allende, y recordad que apoyé con todas mis fuerzas el nombramiento de Letona como embajador.

—Pues bien, creo que en ese punto no hay discordancia.

Los otros generales hicieron un movimiento de cabeza, aprobando las palabras de Hidalgo.

—Acordes en la política que debemos seguir en el extranjero y la cual ya discutimos al enviar nuestro embajador, pasemos á la organizacion del ejército, sin declinar mi responsabilidad, esta responsabilidad contraída ante Dios y el pueblo mexicano; os entrego, señor general Allende, la direccion del ejército, ordenadle como os parezca, yo permaneceré en el gobierno para proporcionaros cuantos recursos necesiteis.

—Ayer, señor cura Hidalgo, cuando las esperanzas mas lisonjeras acariciaban nuestro estandarte y la luz de la esperanza estaba en el horizonte de la revolucion, no hubiera aceptado este honroso cargo, por no aparecer como un ambicioso: hoy que todo es infortunio y desgracia, me vereis al frente de las tropas, infatigable y decidido. Yo acepto á mi vez toda la responsabilidad, cuento con mis compañeros para salvar esta nave que cruje y está próxima á sepultarse en un abismo.

—Señor general Allende, dijo Jimenez, siempre juntos; siempre defendiendo la causa de la libertad!

—Señor, dijo Abasolo, nosotros conservamos la moral que es la fé de la revolucion que arde en nuestros corazones; este desastre nos conmueve, porque la sangre de nuestros soldados nos es muy cara; pero la fatalidad caerá desarmada, vencida á nuestros pies!

Estas palabras impresionaron vivamente al padre de la in-

dependencia mexicana, sus ojos se llenaron de lágrimas y corrieron por aquellas mejillas venerandas, como el jugo de su alma; su labio se puso trémulo, el acento se apagó en su garganta.

Despues de un momento, se llevó la mano á la frente que tenia húmeda con el sudor de la congoja, con aquel sudor que convertido en sangre apareció en la frente del Cristo la noche de su última oracion.

—Señor, dijo Allende tomando la mano del párroco, grandes son las vicisitudes; pero vos teneis un corazon grande como el cielo, Dios ve vuestras angustias, ve la intimidad dolorosa de nuestros corazones en estos momentos de tribulacion---- nuestros sacrificios por esta patria tan querida---- y que al fin se empapará con nuestra sangre!----

—No, dijo Hidalgo con acento conmovido, yo no temo por mí, que estoy en el último escalon de la vida, y el primero de la tumba---- no, no es eso, sois vosotros, cuya almas llenas de abnegacion y de grandeza, veis á pesar de vuestra juventud, que la muerte es el porvenir de los que hemos comenzado esta grande obra, y no os desanimais ante las vicisitudes---- quisiera ser yo la única víctima---- á vosotros os enoja ver subir al cadalso á nuestros hermanos y correr su sangre por los campos de batalla; yo tambien lloro en silencio---- cada gota de esa sangre parece destilar de mi corazon---- veo á los huérfanos y siento ante ellos un dolor espantoso---- necesito recordar á la patria, estar en vigilia con esa idea para acallar mis sufrimientos, y disculparme ante mi conciencia; esos mártires no han venido forzados á seguir nuestras banderas, han acudido entusiastas en pos de su libertad, y si han muerto en la lucha, es porque Dios ha dispuesto que ese árbol sacrosanto, lleve por savia y por rocío la sangre de los hombres y de los pueblos!----

—Y la nuestra correrá tambien; pero ántes lucharemos sin tregua, sin descanso, hasta caer como buenos.

—Señor general Jimenez, dad en la orden de hoy á recono-

cer como general en jefe del ejército independiente al señor Allende.

—Nosotros lo aceptamos como tal, respondieron los caudillos, y abrazando á su jóven compañero se dirigieron á solemnizar con sus soldados el nombramiento del jóven héroe.

## II.

Al salir de la casa de Hidalgo los caudillos, una viejecilla se acercó al general Allende.

—¿Qué quereis, señora? preguntó el general.

—Somos conocidos viejos, señor don Ignacio.

—No os recuerdo.

—Mala memoria teneis, no hace tres meses que nos vimos en Celaya.

—Os repito-----

—Hubo una noche en que me llamásteis salvadora, amiga, y otras galanterías de las que teneis siempre á vuestra disposicion.

—Ayudad mi memoria si os place.

—Caballero, ya que sois tan difícil en vuestros recuerdos, os diré que nos vimos en el panteon de Carmelitas de Celaya.

—Sois vos? preguntó sobresaltado el general.

—Yo soy, tendedme vuestra mano.

Allende oprimió con la suya, la descarnada y huesosa de la vieja.

—Mas apretada, señor mio, que yo os quiero de veras.

Allende no sabia que pensar de aquel encuentro.

—Negocios siempre de importancia me traen á vuestro lado, necesito hablaros detenidamente, aquí cerca hay una casuca, venid.

—Vamos, dijo Allende, no sin aquella supersticion hija de aquellos tiempos.

Echóse á andar la vieja y saliendo fuera de la hacienda se encaminaron á una choza que estaba abandonada.

—Me siento en esta piedra, dijo la vieja, porque estoy fatigada.

—Haced lo que os parezca y hablad.

—Espero que sereis franco conmigo.

—Sí, yo os lo prometo.

—Pues bien, acabais de sufrir una derrota espantosa.

—Es verdad.

—Poco os ha atemorizado, veis en ella solo una peripecia que dilatará mas ó ménos el triunfo de vuestra causa.

—Precisamente.

—Hasta hoy, no habeis tenido mas enemigos que los realistas; pero ya comienzan á aparecer otros, que son acaso los mas terribles.

—No os comprendo.

—Señor general, la traicion comienza á invadiros.

—Decid los nombres, señora, y vereis caer mas cabezas que árboles al golpe de la tempestad.

—Aquietaos y escuchadme.

—Seguid, señora, y en nombre de Dios nada me oculteis.

—Mi presencia en este sitio os puede decir de mis intenciones.

—Bien, señora.

—Habeis recibido una comunicacion de *Elizondo*, solicitando ser mariscal de campo del ejército?

—Sí, he recibido ese pliego.

—Y qué habeis respondido?

—Que era una pretension absurda, que *Elizondo* no habia llegado á hacer suficientes servicios á la causa de la independencia por los cuales mereciese ese ascenso.

—Habeis hecho mal, muy mal: ¿qué os importaba un galon mas ó ménos?

—Es que se resentirian los demas jefes.

—Eso no importaba.

—Luego ese hombre ----

—Se ha convertido en un traidor.

—En un traidor?

—Sí, el os espera para vengarse.

—No iré solo, señora, á la frontera, donde en breve conduciré al ejército; porque he determinado seguir sin rumbo de Zacatecas al Saltillo.

—Estad sobre aviso, ved que dos clérigos han hecho la combinacion y ----

—Decid sus nombres, yo os lo ruego.

—Para qué hablar de esos miserables, lo que os importa ya lo sabeis.

—Descuidad, si *Elizondo* cae en mis manos le haré ahorcar como á un traidor.

—Hareis bien.

—Hemos concluido?

—No esteis impaciente y oidme.

—Cuidad de no engañarme.

—Me retiro con vuestro permiso, general.

—Perdonadme, pero en estos momentos hasta vuestras revelaciones me son sospechosas ---- cuando se está en la desgracia se teme de todos los que nos rodean, no parece sino que el abismo se ahonda mas y mas.

—Compadezco vuestra situacion, vos no sabeis el móvil de mis acciones y por eso os mostrais desconfiado; creo que hasta hoy no os he engañado.

—Seguid, señora, y disimulad el estado de mi ánimo.

—Sabed, general, que Iriarte, ese hombre de quien desconfiásteis en Zacatecas al marcharos para Guadalajara, os traiciona tambien; está en estos momentos en vuestro campamento, os acecha, desconfiad de él.

—Esta misma noche le hago pasar por las armas.

—Hareis mal, dejadle sin perderle de vista, así no dais el grito de alarma, ved que la situacion es delicada.

—Y si ese hombre me vende?

—Creeis en mis palabras?

—Sí, sí creo, señora.

—Pues bien, si ese hombre comete un atentado corre de mi cuenta la venganza, yo os lo juro. Adios, no olvideis que *Elizondo* os espera y que *Iriarte* os vende.

La vieja pareció hundirse en la tierra, porque Allende no la vió atravesar la choza para ganar la puerta.

—Qué pasa por mí? dijo el jóven, ¿es realidad ó aparicion? ---- No, me ha dicho los nombres de esos hombres ---- estemos alerta, ya que los hechizos vienen en nuestro auxilio.

Allende escuchaba á lo léjos el ruido de los parches, y el clamoreo de sus soldados que lo saludaban como general en jefe del ejército de la libertad.